





LIBERADLO YA



ISRAEL SELASSIE

LIBERADLO YA



Primera edición: abril 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Israel Selassie

ISBN: 978-84-18250-18-7

ISBN digital: 978-84-18250-19-4

Depósito legal: M-9271-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia.
A todos mis amigos.
En especial, a Júlia: gracias a ti
yo soy; gracias a ti, al fin aprendí.
A Magda: no habrá tejido, ni verso, ni aje,
que brille como la luz que vi cuando supe que te atraje.
A Dios(es) y a la experiencia espiritual que viví, sin la cual
yo hoy no estaría aquí, en esta habitación, acabando este libro.
Y, sobre todo: al Pueblo, al pobre
y al que sufre.
Por la
V.



ÍNDICE

PRÓLOGO	13
PARTE PRIMERA: EL REFLEJO.....	19
MAGDALA ME DIJO	21
DEMASIADAS CASUALIDADES SON DESTINO	41
EL SOL Y LA LUNA.....	63
PARTE SEGUNDA: EL ALBEDO	81
BREVE TEORÍA SOBRE EL SEXO	
DE LOS ÁNGELES	83
LA TEORÍA DEL «NUEVO» (DES)ORDEN o historia de cómo los finales son, en esencia, principios.....	99
TRAS EL MITO DE LA LUNA Y SU LUZ	121
LA GRIETA.....	145
EL «RUAH»	161
EL OJO	185
EL JUICIO	201
PARTE TERCERA: LA LUMINARIA.....	231
LA FUENTE.....	233
EPÍLOGO	253
AGRADECIMIENTOS.....	259
DEDICATORIA II.....	261



«Un ser humano de hoy en día que responda más o menos al ideal moral colectivo ha hecho de su corazón una cueva de asesinos, lo que puede mostrarse sin dificultad por el análisis de su inconsciente, aun cuando él mismo no experimente por ello molestia alguna».

C. G. Jung, *Las relaciones entre el yo y el inconsciente*.

«En todos los ritos de paso, los *rites de passage*, se muere para renacer más allá del umbral. La muerte se experimenta aquí como transición. El umbral como lugar de transformación *duele*. Le es inherente la negatividad del dolor: «Si sientes el dolor de los umbrales no eres un turista: puede producirse la transición». Hoy, el *tránsito* esencialmente marcado por el umbral deja paso al *pasaje* sin umbrales».

Byung-Chul Han, *La expulsión de lo distinto*.

«OINOS: Entonces, ¿todo movimiento, de la naturaleza que sea, crea?

AGATHOS: Debe hacerlo. Pero una verdadera filosofía viene enseñando desde hace mucho tiempo que la fuente de todo movimiento es el pensamiento... y la fuente de todo pensamiento es...».

E.A. Poe, *El poder de las palabras*.



PRÓLOGO

Juro solemnemente, por la tumba, cuerpo y alma de mi abuela, que los acontecimientos vinieron a mí a través de una imagen, la de un hombre moribundo que me recordaba un poco a Segismundo, el cual, en *La vida es sueño*, trataba de darnos una lección moral, filosófica y vital de lo que era, en sí, la Vida. Esta persona sufrió una condena perpetua, sin potestad para su revisión.

Yo tuve una especie de visión: en estado de vigilia y fuera del sueño, en un espacio onírico pero consciente, tras unas noches realmente malas debido a mi situación laboral, me vi envuelto en una proyección que mi subconsciente trataba de emanar de mí, como si aquello fuera un hecho fehaciente, tangible, futuro. No pudo ser más acertado. El hecho es que aquel sueño, en el que yo, tras buscar un oasis en el desierto me veía atizado por una tormenta de arena y tras esta se me revelaban tesoros de todos los tipos (cimitarras y alfanjes de un oro finísimo, un cáliz dorado, plateado y de bronce, joyas y cadenas de oro, copas grandes, pequeñas, monedas, todas de un brillo superior al de los arboles matutinos de primavera, que refulgían con luz propia), me produjo una profunda sensación de levedad, de estar al borde del peñasco. El oasis estaba lejos, pero se podía discernir. Una cueva se abrió y, de su parte más profunda, se descubrió un cenote de cuyas entrañas emergía una luz blanquísima.

Un saliente sobresalía.

Y una figura humana restaba encadenada.

El sueño acabó y yo quise abrir los ojos. Vi el despertador y el resplandor que se filtraba a través de las rendijas de las persianas del Sol blanquecino, pálido y cálido, de los días del invierno crudo y anticiclónico. En ese intervalo de tiempo, bien pudieron pasar segundos u horas. No conté con lo difuso que puede ser el tiempo a veces, de los *tempos del tiempo*, de lo efímero de los momentos que nos envuelven, así, sencillos, la idea de una creación sin evolución. No recuerdo cómo fue que quise despertar, pero algo me ancló allí, a mi cama doble la mitad vacía como de costumbre. Acostumbrado a rezar cuando ya nadie lo hacía, sabiendo que ya no se puede orar por nadie, me dejé llevar por el yunque que me apresaba, por el martillo pilón invisible y total que descendía como una prensa hidráulica. Venía hacia mí y entre la oscuridad pude atisbar algo que no es que me robara el sentido del *instante*, del *momento*, o del *presente*: aquello me arrebató hacia adentro.

Entonces le vi a él;
con su barba blanca y su cabello lacio y cano,
con las esposas ciñéndole y constriñéndole unas muñecas
erosionadas, rojizas, ruborizadas,
por los grilletes heridas,
por las cadenas desgastadas.
Guijarros inyectaban dolor
en la roca fría plomiza yerma baldía,
y él restaba, allí,
simple y llano,
no por el hecho de restar o permanecer,
simple y límpido
por el hecho de no poder sumar
ni restar, ni permanecer ni estar.

Sueños, ¿eh?
Qué cosas, ¿verdad?

Quizá fue azar, eso jamás lo sabré, o a lo mejor fue él, este hombre del cual he decidido hablar, que sabía cómo llamar a las personas a través de una celda. Nunca me permití volar más allá de los límites humanos, pero tampoco dudar del *más allá*, de que existe y es al igual que existen dulces voces de bestias dormidas. La experiencia que viví allí me conformó, pero creo que le ayudó más a él que a mí.

Su testimonio es, a día de hoy, instante en que escribo este prólogo, un fiel relato de lo que la Humanidad lleva haciendo desde que nacieron los graneros, desde que muriera el intercambio y surgiera la moneda: una puerta giratoria.

Pero es que no solo por eso es importante.

Lo es por mucho más.

Lo imputaron por un crimen que no me reveló hasta el final. Según él no era ningún crimen, sin embargo, había muchos que querían verle muerto, gente que —cito textualmente—, se relamería al «ver cómo el Humano sucumbe ante la esclavitud consentida». Me decía que *esos*, en esencia, *no eran*, pues algo que no es *de aquí* no puede ser en su totalidad. No me quedó del todo claro lo que quiso decirme: su ambigüedad jugó un papel primordial en el relato, en la descripción de su vida. El hecho es que creo que aún está vivo, hecho por el cual todavía creo, así en términos generales.

«Tus palabras serán las mías», me dijo una vez. Y eso se me quedó clavado, pues sus ojos decían que podía apropiarme de su testimonio, pero su sonrisa me decía que él y yo éramos lo mismo. Como digo, era alguien especial y bueno, no cabe decir de quien se trata en el prólogo, porque... bien, esto es un prólogo y los acontecimientos ya se irán desvelando por la magnitud y la extensión mediática que supuso su encarcelación.

Dicho lo cual: esto no es su vida, aunque sí que es cierto que me la explicó, en fascículos, en ese mes loco en el que anduvimos hablando literalmente día sí día también, en el que yo rocé la locura y él se desquitó de sus penas, al tiempo que —creo—, logró alcanzar una especie de estado que le llegó a beneficiar. «Hay tres cosas que

nunca vas a poder hacer en una cárcel: no echar de menos, dormir en paz y cagar tranquilo», me decía con su voz grave, abisal, llena. Su modulación era perfecta. Quiero decir, no atisbé ninguna especie de sobresalto, ni obturación en su frecuencia: escucharle era realmente poder navegar en un mar en calma, con el Sol de cara, de espaldas, como fuera y sin sombra, siempre sin sombra.

Todavía no sé porqué me eligió a mí para que escribiera sus memorias. A día de hoy me hago preguntas y más preguntas, pero no llego a la claridad. De lo que sí estoy seguro es de que no me habría gustado verle enfadado. Nada, ni por todo el oro del mundo. Ese hombre era apaciguado, tanto que se podía esperar lo peor de él, y bien, una vez me explicó lo de su enfermedad, pude constatar que, lejos de estar loco, parecía haber hecho consciente todo lo que nunca supo. Precisamente por eso era mejor no verle cabreado.

Yendo a hechos más *mediáticos* (que no relevantes para mí), su caso tronó hace ya más de dieciséis años. Recuerdo cómo en la escuela de periodismo estudiábamos su caso y luego, en la clase de Ordenamiento Jurídico nos trataban de desmontar el mito. En mi humilde opinión, la justicia (con minúscula) quiso vendernos la moto. El caso se hizo famoso porque este hombre, según los autos de una parte de los jueces, quería atentar contra toda la Humanidad de manera «vil, salvaje e incomprensible». Los juristas adujeron a que lo de «vil» y «salvaje» fueron acepciones casi impuestas. Todo y con eso, no obstante, lo de «incomprensible» era lo que a una parte del jurado le chirrió más. La votación fue reñida a la hora de establecer una valoración y esto llegó al Tribunal de la Haya, ¡fíjate tú! Ese atentado, según el ala más conservadora, quería perpetrarse en aras de aniquilar la raza humana.

Él lo negó todo.

Y ahora entiendo por qué.

Muchos hablaron de las *Cloacas del Estado* y otros de auténticos reptiles de piel dura, escamada y lengua bífida. El hecho fue que el Mundo sufrió las consecuencias y el estupor se generalizó hasta que, a pocos días de su supuesta ejecución, *todos* pudimos sentir la gran pena.

Sus memorias ya están publicadas, ahora solo falta este libro, que, como comprenderán, es un anexo o diario sin fecha ni coordenadas de los acontecimientos que tuvieron lugar. Así que, en parte, esto también podría ser visto como unas memorias, unas más bien literarias y de calado íntimo. Pese a todo, las publico ahora que ya hace algún tiempo que ha pasado todo. Como él mismo me dijo: «No hasta el día en que... bueno, muera».

Esto no es más que lo que viví durante aquel lapso.

Así pues, demos pie a que la Humanidad le entienda, pues, como digo, no es fácil.

Que así sea.



PARTE PRIMERA: EL REFLEJO



MAGDALA ME DIJO

«*Demasiadas casualidades son destino*»

Ólos, *Diario de Abordaje*

Destino es una palabra ambigua que viene a demostrar finalidad e inexorabilidad, dos polos lejanos de una misma esencia que, de un lado, vienen a decirnos que no existen las casualidades o que estas, en su expresión más sutil, vienen provocadas por una grieta en los entresijos de ese libro que se supone que mantiene atados a todos los seres de la Tierra o, bien al contrario, podría tratarse de una condición sin la cual el Destino mismo no pudiera existir, como si el azar y este tuvieran que coexistir para que nos preguntemos *qué se supone que es esto del Libre albedrío*. Hay, no obstante, un hecho clave en la conformación humana de todas las cosas y seres —cosas sutilísimas como el Alma o el Espíritu, cosas medibles como la Mente o el Cuerpo—, y no solo hablo de la génesis del Todo, sino de algo que nos atañe más de cerca: ese es el hecho de que cuando uno se halla de frente con una casualidad, puede pensar en que esta se ha producido por una concatenación de acciones y reacciones que uno podría recapitular hasta el momento en que (se) inició todo. Es importante hacer este inciso. Así es que uno puede darse de bruces con la suerte de manera totalmente casual o, como algunos insisten en señalar, inducida por nosotros, de ma-

nera que ya queda abierta una dicotomía: un tablero de blancos y negros superpuestos y en aparente entropía, aunque dispuestos de tal manera que no se corresponde, sino que a una verdad a aprender. ¿Es así? ¿Atraemos las casualidades o son ellas las que se manifiestan de modo independiente?

«Demasiadas casualidades son destino»; así empezaba el *Diario de Abordaje* de Ólos, el auténtico protagonista de esto. Cierto es que tuve un sueño el día que lo conocí. Una visión que ya he descrito, que me produjo una especie de espasmo y una sensación de aturdimiento en todo mi ser. Esos grilletes, esa roca fría y pálida, ese cenote y esa luz gélida, que provenía del fondo de las aguas. Ese hombre me pedía que lo liberara. A día de hoy sí puedo decir el por qué yo, pero *nadie me creerá* debido a mi expediente médico, el cual no es favorable para poder elucubrar teorías que van más allá de lo puramente terrenal. También el por qué Magdala, aunque no es conveniente decirlo ahora. Lo que sí puedo decir a mi favor, es que él, Ólos, fue una figura mediática años atrás, motivo de adoración para unos y blanco para otros. Como siempre, ¿no? La historia de la Humanidad se repetía, como un pez que se muerde la cola, como una serie de concatenaciones de tragedias y farsas.

Cabe recordar que, a pesar de todo, no fui yo quien recibió la carta. Como digo, las casualidades jugaron un papel esencial ese día. La noche anterior anduve en un bar de mala muerte, lejos de la cama fría en la que Magdala y yo dormíamos ya como un matrimonio consumadísimo y, por ende, erosionado. Ambos decíamos que nos faltaba algo de acción. «Un *Ruab*», me decía ella, un soplo divino que convirtiera la armonía en caos, tal y como se supone que hizo esa divinidad judía que hacía y (se) des-hacía, pues *era y no era al mismo tiempo*. Yo, claro, un poco atolondrado por la resaca causada por demasiado anís y una época desordenada y sin trabajo, tuve esa especie de visión durante un sueño hipnagógico. Mi cuerpo se quedó paralizado y, lejos de parecerme una especie de enfermedad causada por el estrés, me pareció más bien una especie de succión, una fuerza que venía del techo y que me aplastaba y me inmovilizaba.

El olor del café y de las torradas de *purator*¹ recién comprado me despertaron. No iré a mentir: ni sentí escalofríos ni una premonición oscura me sobrecogió como sí suele aparecer en algunos libros, como preámbulo de las desgracias: más bien fue un frío atroz, un destemple que me recorría todo el cuerpo a pesar de ser 1 de abril. Cogí una sudadera del cajón. Tenía las manos heladas. Tanto, que al tocármela se me encogieron los testículos por la diferencia de temperatura. «Joder, creo que estoy incubando algo», pensé. Ya en la cocina, Magdala estaba revisando las cartas que, acumuladas, se amontonaban siempre en el buzón.

—Mira, hay una para ti —dijo—, de... ¿de dónde es?

—A ver, lee.

—Viene con un sello oficial.

—¿De dónde? —le pregunté mientras ponía leche en un vaso.

—No sé, no lo reconozco... —cogió las gafas y se acercó. Me pareció que aquel matrimonio ya cogía el cariz de las típicas películas de comedia americana mala, donde la mujer de la casa o el hombre, tienen que acercarse con las gafas a leer, porque ya no pueden distinguir zorro de hipopótamo—, no lo había visto nunca. ¿Te la puedo abrir?

—No. ¿Y si es de Naomi Scott proponiéndome matrimonio?

—No sé qué ves en esa actriz.

—¿No estarás celosa?

—Para nada. Además, yo soy más guapa e inteligente, ya lo sabes. Y jamás me casaría con un futbolista.

Le sonreí.

Ella ya sabía lo que pensaba. Se lo había dicho muchas veces. A mí me parecía que su alma era algo especial, atípica, el *súmmum*. Y yo era platónico, por lo que a mi parecer esa alma conformaba su cuerpo.

—¿Y si es de ella?

¹ *Purator*: Pan de *payés* (*pagès*, en catalán) que se hornea en el Municipio de Sant Gregori, de espesa molla. Son conocidos en la zona por su sabor, consistencia y resistencia.

—Entonces te deajo.

—Este sello... Hostia santa. Creo que viene de la cárcel.

La letra del remitente se inclinaba hacia la derecha, a caballo entre la redondez y lo puntiagudo, con formas suaves y sutiles, como obradas por un genio.

La abrí.

Decía así:

«Y bien. Se lo preguntará. Exacto. Sí. Ya le voy desvelando quién soy: me llamo Ólos. Estoy encerrado desde hace unas dos décadas en una cárcel. Estoy más solo que el cero, que, por no existir, no está con nadie, ni consigo mismo, ni con el menos uno, ni con el uno. Quiero decir que *a mí nadie me vigila*. Supongo que me conoce. Pobre de ti... En fin, *Emmanuel*, ya que me queda menos aquí que Felipe, voy a hablarle claro: ya que estoy en el convento, me cago bien adentro. Quiero escribir mis memorias, pero mi concepto del Tiempo, del Arte y de la Consciencia es más bien de calado estético. *De ahí tú*.

No sé si estoy, entrometiéndome en tu vida, o en vuestras vidas: ojalá tengas «una buena mujer buena» y unos hijos obedientes. Si no es así, tranquilo, te llegará. El hecho es que creo que puedes hacerlo bien y darle una alegría al ser más viejo que existe (ya sabes lo que quiero decir con viejo y ya sabes qué quiero decir con existir). Leí un artículo tuyo de hace más o menos un año sobre el *Fin de los Tiempos* y bien. Yo creo en lo próximo. Sé que eres chico de barrio. Sí. Exacto. Sé de ti. A ver, no me hagas justificar cosas que no hacen falta. En fin, *Emmanuel*, que escribir me cansa, mira que me gustó tiempo atrás, pero lo tuve que dejar *para empezar*.

Ya me entenderás.

Sé que aceptarás, te conozco, como si fueras mi hijo. No tenemos amigos en común ni aquí se canta aquello de «conocí a tus padres, buena gente, sobre todo tu padre, de valores acérrimos». Solo es que te *veo*, capacitado, ya sabes, preparado para este reto de *abuelete*.

Sin más demora, te cito pasado mañana, para vernos y comentarte en qué va a consistir esta misión. Sí. Exacto. Tómatelo como quieras, *Emmanuel*. En el remitente tienes la información. Te cito a las 7:33 de la mañana, ¿estamos? Sí. Me gusta ver el Sol salir y ponerse, y la Luna llena brillar. La Luna, sobre todo me gusta la Luna. Se la daría a toda mujer con buena intención.

Esto es, todo.

PD: Si ves que mi puntuación es algo obtusa, puedes llegar a querer tenerlo en cuenta. *Demasiadas casualidades son destino*.

No es que una euforia se apoderara de mí, sino que una elevación ubérrima me llevó a rozar el firmamento al mismo tiempo que este descendía y se fundían dos aguas, dos mares, uno líquido y el otro etéreo. Ni en mis sueños me permitía volar con esa profundidad. Las ideas vinieron en forma de imágenes, los eones se comprimieron en santiámenes y pensé en arrodillarme por haber conseguido algo de trabajo al fin. El hecho era que se trataba del mismísimo Ólos, el hombre que según los *poderes fácticos* puso en jaque a la Humanidad, el mismo a quien se le consideró como una brecha en el sistema, como un caso más allá de lo jurídico y de lo punible, de la ética, de la moral, *de lo justo*.

Le dije a Magdala con asombro en mis palabras que me había salido un trabajo. «Unas memorias», le dije, casi serio, casi convencido. Ella se alegró y puestos a ser transparentes, le dejé leer lo que la carta decía. Calló. Le temblaron las manos. Yo pensé que de la angustia, del estrés que eso iba a provocar.

—¿Estás seguro de que es de él?

—Creo que es su firma.

—Ya, pero, ¿y qué? Puede estar manipulada.

—O no, Magda. Es un documento oficial. Viene directo de la prisión.

Mantuvimos la boca cerrada unos segundos. No se hicieron eternos, sino desacompañados, inarmónicos, reductos de un *demasiado metódico*. Había pasado por una época un tanto desafortunada como he dicho y mi autoestima no estaba en auge. Quizá todo cotizaría al alza, pero solo porque las acciones estaban bajas. Ella me hizo la pregunta.

—¿Te ves capaz?

—No lo sé.

—¡Pero algo debes intuir!

—Magdala, por favor.

—Emmanuel, no empecemos.

—¡Has empezado tú! —bajó la cabeza y me pidió que me sentara con un ademán. Me cogió de la mano—. Emmanuel, es una oportunidad inmejorable.

—Ya lo sé. Es el caso que todo periodista quiso cubrir.

—¿Qué creíste en la universidad?

—¿Cómo?

—Estudiasteis el caso, me dijiste, ¿verdad?

—A ver, para mí siempre fue inocente. No se encontraron pruebas concluyentes. Hubo un par de documentos que sí hacían referencia a un plan, aunque más bien sonaban a los planes de un pobre esquizofrénico inofensivo que a alguien capaz de hacer algo realmente malo. Por cada evidencia que se encontró hubo un error que los medios se encargaron de recalcar. Bueno, algunos. Los casados con el poder financiero no. Esos tiraron del hilo de las supuestas *versiones oficiales* y al final lograron crear el revuelo. Lo que siempre creí fue que a ese hombre le tendieron una trampa.

—Ólos conocía a gente muy poderosa.

—Sí, pero solo se codeó de los que para el Pueblo han quedado como los buenos.

—El Bien y el Mal, Emmanuel no es un baremo acertado.
—¿Y sí lo son la Esperanza o la Desolación?
—No es lo mismo, ya lo sabes.
—Según leí, Magdala, le queda poco para su ejecución.
—¿Tanto tiempo ha pasado ya?
—Más.
—Ah.
—Ya.
—¿Y cuánto le queda?
—Después de que se aprobara la *ley cepo*, creo que poco más de un mes.

—Yo creo que tienes que aceptar. Siempre puedes hacer como hiciste conmigo, tomártelo como una misión divina.

Ahí sonreí.

Tenía razón.

Siempre la tuvo. *De facto* era así, solo que se la daba en pequeñas dosis y en sonrisas, siempre en sonrisas sinceras. Dar la razón con palabras es la manera más convencional y menos convencida de dar la razón.

—Igualmente sabes que contigo fue diferente.

—Ya, yo soy mujer.

—Y él es un hombre. Y no lo conozco.

—Pero es Ólos.

—Ya. ¿Sabías que ólos significa Todo en griego?

—Pues ahí tienes tu misión.

Tenía dos días para urdir una estratagema, una manera de elucubrar un primer esbozo, las premisas principales y la metodología a seguir para conformar las Memorias, algo que sabía que no iba a ser fácil. Durante esos dos días, tras la llamada al jefe del periódico en el que trabajaba, recibí varios mensajes de apoyo, algunos de una envidia cochinerera y una hipocresía afilada, cosas como «si necesitas algo, dímelo», «sabía que ibas a triunfar», «este caso solo podía ser para ti», proveniente de gente que nunca confió en mi

ni en la esfera más ínfima. Lo primero que hice aquel sábado fue bajar al bar para comprarme un par de cajetillas de tabaco, con la idea puesta en que lo iba a dejar cuando pasara aquella especie de pesadilla, misión o trabajo divino.

Llámenlo como quieran.

Para mí fue la condena que me liberó.

De camino a casa me compré unas cuantas libretas pequeñas *de periodista*, con anillas en la parte superior y sin líneas ni cuadrículas y me informé bien de las bases de su imputación. Delitos de traición, de atentados contra la Humanidad, terrorismo, robo de información clasificada... La cantidad de hechos eran ingentes y no sabía ni por dónde empezar.

Hasta que sonó el teléfono.

Recuerdo que lo cogió Magdala y, de hecho, fue ella quien me avisó. *Ella*, mi mensajera.

—Te llaman, Emmanuel.

—¿Quién es?

—Una mujer que quiere hablar contigo.

—¿Margot Robbie o Naomi Scott?

—¡Tu prima en bicicleta!

—Vale, tranquila, leona.

—¿Sí?

—Muy buenas. Me llamo Temis. Soy la mujer de Ólos.

—Ah, hola... buenas tardes.

—Sí, bien, verá, le llamo para establecer unas cuantas cosas antes de que se ponga manos a la obra con las Memorias de mi marido. Quiero que quedemos para una entrevista, a ser posible hoy o mañana.

—Ya. Pero, ¿cómo ha conseguido mi teléfono?

—Aparece usted en las *páginas blancas*.

—Ya. Muy astuta.

—No, astuta no. Solo disponía de su nombre y bien, no es muy difícil mirar allí.

—Ya, ya, no se preocupe. Pues... sí, perfecto. Ya estoy preparando algo, recabando información y demás.

—Pues déjelo todo, Emmanuel. La Verdad le espera. Así que lleve sus apuntes y verá que tendrá que empezar de cero.

—Ah. Bien, bueno. Vale.

—¿Qué pasa, Emmanuel? —me preguntó Magdala en voz baja, cotilleando.

Le hice un gesto con la mano para que me dejara hablar. Algo así como, «ahora te lo explico, no sufras».

—Quedamos a las cinco y media en el *Brétema*.

—Perfecto.

—Vale.

—Una última cosa. ¿Puedo llevar una grabadora?

—Usted es quien va a escribir las Memorias. Lo justo es que lleve lo que considere oportuno. Yo solo vengo a decirle la Verdad.

—Vale, perfecto. Pues nos vemos de aquí a poco.

—Hasta luego.

Colgó.

Luego vino Magdala. Primero le dije que teníamos que borrar nuestro nombre de las páginas blancas. Luego le relaté la conversación. Y Magdala me dijo que no me preocupara, que seguramente solo venía a ofrecer información relevante para las Memorias, que no sería nada. Yo le dije, que «si no era nada, ya era *algo*». «Ya estamos con ese *algo*», me dijo.

(Todo vino como viene un *oxímoron*², de una *dicotomía*³, y como esta viene de una *génesis*, que fue eliminada por interés, por miedo a ser descubierta o por algún tipo de genialidad suprema —en su sentido más humano—, que nos ocultó sus orígenes para un propósito todavía sin desvelar: la relación entre lo opuesto y lo complementario confirmaba la tesis).

En la universidad, como ya he dicho, dudé de la versión oficial.

2 *Oxímoron*: figura literaria basada en la contraposición de ideas contrarias (fuego helado, apresúrate lentamente...).

3 *Dicotomía*: división en dos partes de una cosa, que forman un par de opuestos y complementarios. El concepto de *yin-yang* vendría a representar un ejemplo (aunque no directo) de dicotomía, con el blanco y el negro como complementarios y los dos puntos que conformarían la dicotomía propiamente dicha.